

Intimidad y posverdad¹

Nora Catelli

Universitat de Barcelona

Agradezco a las autoridades y a las organizadoras de este encuentro la oportunidad de poder intervenir hoy en este foro. El título que he puesto puede parecer demagógico: “Intimidad y posverdad”. Intentaré desmentir esa incómoda característica.

Mi propuesta aquí es que lo íntimo debe ser hoy considerado como un imaginario –en su doble vertiente de punto ciego de índole especular y, a la vez, de movimiento susceptible de traspasar fronteras conceptuales y genéricas– en una red de conexiones y cortes inesperados².

Un imaginario que, a través de la multiplicación de emisiones subjetivas, ha sustituido cualquier otra forma de autorización de lo que se afirma, propone o informa. Lo íntimo autoriza la Historia y, desde el punto de vista de lo público, sustituye los hechos por las vivencias.

Justificación

Para desarrollar esta propuesta debo, superando cierto pudor, aludir a mis propias investigaciones, que, desde el año 1991, con *El espacio autobiográfico*, con su reedición en 2004 ampliada por los estudios acerca de, entre otros, Kafka, Gombrowicz, etc., he dedicado tanto a los vaivenes de la teoría de las escrituras del yo en sus diversos géneros –diarios, correspondencias,

¹ Este texto corresponde a una ponencia presentada en enero de 2018 en Fédération Espaces – Frontières – Métissages (FR 4153), dentro del encuentro de *Figuras y fronteras de lo íntimo en la época contemporánea*, programa de investigación franco-español llevado a cabo por los laboratorios CRPHLL, ITEM y LLCAA, bajo la dirección de Michel Braud (CRPHLL, EA 3003), Sabine Forero Mendoza (ITEM, EA 3002) y Nadia Mékouar- Hertzberg (LLCAA, EA 1925) en colaboración con el laboratorio Lenguajes (HUM 224) de la Universidad de Córdoba (España) y el laboratorio «Arts: pratique et poétique» (EA 3208) de la Université de Rennes 2 (Francia).

² Véase Belinsky *Lo imaginario*, especialmente 35-44 y 101-106.

autobiografías y memorias— como a las principales aproximaciones (Philippe Lejeune, Paul de Man, Mijail Bajtin) que lograron que esos géneros, hasta los años setenta sólo ancilares, se transformaran en un punto central de los estudios literarios y modificaran, además, la relación entre ficción, realidad y representación.

Debí superar este pudor porque vi que en la vasta bibliografía castellana que acompaña este proyecto no estaban esas investigaciones, que he llevado a cabo en la Universidad de Barcelona y a causa de esa ausencia me refiero a ellas. Me disculpo por el atrevimiento y a continuación intentaré justificarlo.

Antecedentes

Entre 1991 y al menos hasta 2004 —es decir, durante quince años— estudié, desde el punto de vista de la teoría y, por supuesto, con la necesaria impregnación psicoanalítica (no frecuente en España) un corpus diverso. La colocación central de los textos autobiográficos en sus diversas vertientes en el campo literario fue en esos años la mayor transformación del campo: de meras herramientas al servicio de la obra literaria de diversos autores, los textos autobiográficos pasaron a ser objetos autónomos, cuya relación con la realidad biográfica o histórica se convertía también en un problema epistemológico: cuáles eran las condiciones de conocimiento que los sustentaban y en qué diferían —si diferían— de aquellos textos que se constituían como ficción.

En los últimos diez años este modo de trabajo ha cambiado.

Ahora sí, en esta exposición, me dedicaré a interrogarme sobre por qué lo tuve que modificar y sobre las evidentes transformaciones del espacio de lo íntimo. Los cambios tuvieron que ver con las nuevas condiciones del capitalismo y la circulación de los discursos en los nuevos soportes digitales y sus consecuencias para la experiencia subjetiva, que se rompió, estalló, difuminó, multiplicó o inhibió.

Por eso propongo hoy lo íntimo como un imaginario en una red de conexiones y cortes inesperados: es decir, como una trampa de encantamiento ante el espejo de la propia imagen y a la vez, como sostiene Jorge Belinsky, como pórtico necesario para la producción de formas que traspasan, a través de imágenes previas, que están en el espejo, el rigor de lo simbólico.

¿De dónde parto para pensar esta novedad? En este mismo año de 2017, en “Sujeto y subjetividad: los límites menguantes. Una aproximación a las nuevas configuraciones del sujeto en el psicoanálisis”, Belinsky desarrolló una idea –que él proponía como investigación en curso– y que a mí me sirve para abrir mi argumento:

El último punto de este trabajo en marcha quiere detenerse en las consecuencias de esa imposibilidad [nueva] de convertir la experiencia en promesa. La más importante consecuencia es que en esta época que exalta al yo a la vez que fomenta su fragmentación en múltiples personajes internos (que la cultura popular ha consagrado como “avatares”), las identificaciones desempeñan un rol de extrema importancia. Sobre todo cuando conviven con las elecciones de objeto. Aunque en general “ser” y “tener” sean semánticamente conceptos excluyentes, parecería que a veces pueden converger. Si el ámbito de las elecciones de objeto es lo real, el de las identificaciones es lo virtual. Ambos ámbitos se interrelacionarían en lo transicional, que se convertiría en una suerte de garantía de movimiento. En este estadio la alteridad fundante (toda subjetividad se funda en la alteridad) oscila entre lo Otro (indeterminado) y los otros (múltiples). Indeterminación y multiplicidad se corresponden con los muchos personajes que pueblan la psique. Esos personajes a veces (y cada vez más) comparten con el yo lo que es su función principal: sostener el sentimiento de identidad, el juicio de realidad y la consciencia de sí. Y estos nuevos yoes reabren el debate acerca de la posible existencia de personalidades múltiples en el sentido filosófico-sociológico del filósofo italiano Remo Bodei³ (Belinsky “Sujeto” 31).

En efecto, Bodei propone:

Por un lado, las filosofías de Nietzsche, de Bergson, y de Simmel, acompañadas por las obras de Proust y de Pirandello, impulsan al individuo hacia las posibilidades [...] de potenciar el propio yo, de [...] custodiar de sí mismo, en forma de esbozadas personalidades múltiples, una riqueza de posibles relaciones no bloqueadas, al menos en el plano del deseo, por las elecciones llevadas a cabo en el pasado... (25).

La descripción de Belinsky que apela a la genealogía de Bodei puede resumirse en dos rasgos: uno, que nos hemos vuelto incapaces de “convertir la experiencia en promesa” (Belinsky); dos, que quizá podemos hacerlo si nos fragmentamos (Bodei) para acceder a “relaciones no bloqueadas por las elecciones llevadas a cabo en el pasado”. Tales rasgos describen nuestras nuevas condiciones de enunciación del sujeto en los nuevos soportes. Esas personali-

³ Véase Bodei *Destinos*, especialmente 22-28.

dades múltiples y cambiantes están hoy suspendidas entre la aserción improbable de la primer persona, la fantasía y la ficción. Desde el punto de vista literario y artístico, estas inéditas condiciones han debilitado la autonomía de la ficción. Por eso, en un trabajo anterior (Catelli “Posverdad”), yo vinculé la posverdad –fetiche del presente– con la ficción –actividad necesaria de cualquier sujeto para alcanzar su estatuto humano–.

De hecho, la ficción es una herramienta necesaria para la constitución del sujeto, porque no puede haber constitución del sujeto sin dimensión simbólica, y ésta se sustenta en la capacidad de abstracción, en la doble acepción de conceptualización y de separación del sujeto respecto del mundo (en el sentido de “abstraerse de”).

Este cambio supone también algo enojoso, casi irritante: supone hacer el inventario de conceptos que conviven en el vértigo de lo que llamamos actualidad: cada uno de los que escriben sobre este vértigo se encuentra con diversas versiones periodísticas de las “posverdades”. Si abandonamos, no obstante, la tentación inútil de elegir las, refutarlas y condenarlas, podremos, al menos, tratar de definir su funcionamiento; y, sobre todo, ver si el encadenamiento de posverdades altera lo que presuponemos seguro, que son los mecanismos de percepción de la constitución del sujeto y las variaciones en la concepción de la intimidad.

¿Qué hubo antes?

Dejando de lado las cuestiones ideológicas y filosóficas en torno de la posverdad, hay que reparar que el término instala una temporalidad: si hay una posverdad, ¿qué hubo antes? Si hubo una verdad, la discusión se cancela, puesto que carecería de importancia que hubiese una posverdad: la certeza del tiempo anterior, luminoso y único, anularía toda preocupación en torno del tiempo sin verdad que nos toca vivir. Sólo que no sabemos si hubo esa verdad. Sólo arañamos la ilusión de que haya existido y, cuando lo hacemos, nos quedamos, siempre, con el ropaje de esa ilusión, cuyo tejido está hecho con los relatos, las leyendas, las fantasías del origen. Lo que llamamos la verdad anterior a la posverdad es el relato –la aspiración– de un mundo ordenado: de un lado los hechos; del otro la imaginación. Ese relato suprime la retórica, que es una técnica: la de mezclarlo todo para persuadir. La retórica es cama-

leónica: está al servicio de los hechos y también al servicio de la imaginación. Y es diabólica: usa los mismos recursos siempre: para la consigna, el panfleto, la noticia y la novela. La retórica no miente porque no tiene contenido.

Posverdad y referencia

Tampoco nos sirve afirmar que la posverdad es la mentira, porque la mentira es de orden moral y se restringe a sí misma: el divulgador Mario Vargas Llosa ha sido tan convincente como erróneo cuando, para regocijo de manuales y periodistas, postuló como característica del arte “una verdad de las mentiras”. En realidad, modificaba uno de los lugares comunes de la poética clásica que establecía diferentes tipos de ficción según distintos modelos respecto de la representación de los hechos: descripción, crítica o sátira de la vida humana; e incluso sustitución de la mimesis en la alegoría o la utopía. De allí venía, según Cesare Segre, la oposición, en las poéticas clásicas, entre mimesis y mentira, “dos puntos de referencia en torno a los cuales, alternativamente, se disponen concepciones e ideales literarios. Pero si es indudable que, en una valoración empírica, existen textos más o menos respetuosos con las posibilidades (aunque no con las realizaciones) de lo real, también es cierto que desde el punto de vista de la constitución de la obra la ficción como mentira es un punto de partida ineludible” (38). Segre está parafraseando a Aristóteles, pero sabe perfectamente que en la modernidad el término ficción se ha desprendido de cualquier resto de vinculación con una representación adecuada de los hechos. Todo lo que se nombra en la ficción –dragones, soldados, señores, ciudades, ríos, dioses, presidentes– adquiere, en ese espacio y en nuestros tiempos, una circularidad especial: lo que se nombra se materializa en la imaginación y cuando queremos extenderlo hacia fuera se produce un corte abrupto, inimaginable en las poéticas clásicas.

Posverdad y doxa

Como la *doxa*, una de las características de la posverdad es que no se puede refutar. En esto comparte la pétrea característica de la *doxa* según Roland Barthes:

La *Doxa* no es triunfalista, se contenta con reinar; difunde, empalaga; es una dominación legal, natural; es un manto general extendido con la bendición del Poder; es un Discurso universal, un modo de jactancia...⁴.

Puede decirse que en este sentido lo que hoy consideramos las sentencias de la posverdad funcionan de modo idéntico: irrefutables, legales, universales. ¿Por qué escandalizarse entonces de que las afirmaciones que circulan por la red no se sometan a ningún tipo de comprobación o, que si esto sucede, la comprobación no modifique la afirmación previa ni la neutralice?

Que el término haya adquirido la inquietante y festiva virulencia que hoy ostenta no tiene que ver con el encadenamiento de mentiras –a la manera de Goebbels–; o con las características de la ideología –a la manera de Marx y Engels en *La ideología alemana*, cuando muestran que su recurso básico es la universalización de intereses de clase particulares–. Tampoco parece nietszcheana –la verdad como metáfora que ha olvidado su carácter de tal–.

¿Dónde buscar si posee algo específico?

Beatriz Sarlo (véase Czerwacki “Entrevista”) afirma que esta terquedad, este rechazo a buscar y aceptar una verificación de lo afirmado tiene que ver con el “funcionamiento extravagante” de las redes y que es síntoma del final de un contrato por el cual se establecía que el relato de una noticia –de un hecho– debe ser leído con la suposición de que eso ha sucedido.

Tal vez ese “funcionamiento extravagante” que suprime o anula la responsabilidad compartida del autor y del lector obliga a buscar en otro espacio y en otra manera de circulación la fascinación que suscita la extraordinaria eficacia de la posverdad.

La intimidad es la medida del mundo

Lo primero que aparece entonces es que efectivamente, más que un contenido, lo que se afirma es sólo una posición de quien la enuncia; y es de notar que siempre hay un nombre, no importa si real o inventado, en lo que se enuncia: considero que ése es el nuevo espacio de la intimidad: su imaginario, que es ceguera y a la vez tránsito. Las posverdades emanan de un yo –de múl-

⁴ Véase el exhaustivo análisis de David Viñas Piquer, “Roland Barthes y el sabor de la paradoja”, en *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada* nº 22, (2014), pág. 194.

tiples yoes– multiplicados y enormes. Si todo es emanación inagotable del yo, acaso el antecedente de la posverdad sea el borramiento de las fronteras entre experiencia y ficción; y entre experiencia e Historia. Nuestras artes ya no vindican el desborde de la imaginación, sino que son esclavas felices de la exaltación de la experiencia vivida, que a su vez depende de un yo que carece de la promesa de la salvación y por eso se expande en el espacio discursivo y horizontal en todos los soportes.

Dice Bodei que nos engañamos si pensamos que nuestro narcisismo de masas con sus compromisos no vinculantes –no estamos ligados a ninguna promesa de trascendencia, de creencia en la salvación colectiva, religiosa o revolucionaria– ha acabado con el control de las conciencias que practicaron los diversos totalitarismos del siglo XX. Al contrario: la conciencia individual ha sido y será siempre colonizada; lo único que varía son los modos y los porcentajes de violencia y persuasión.

En la actual fase histórica se da una ocupación de la conciencia que exige la íntima participación pasiva de los sujetos, observa Bodei, y, se puede agregar, la recompensa para esa entrega es la posibilidad de expresión igualitaria –y lectura igualitaria– que las redes ofrecen. Ante esa enorme exigencia, la conciencia individual posee un instrumento precario, el yo, que debe sostener su identidad mediante “un modelo narrativo”, una historia que:

[...] puede ser contada de diversas maneras, a través de la reconstrucción de una trama biográfica o a través de la reintegración de fragmentos del tejido diseminados dentro de un esquema de continuidad e inteligibilidad (Bodei 455-457).

Yo creciente, ficción débil, intimidad sin muros.

En este nuevo escenario en el que se ha roto el pacto entre hecho y verificación, ¿dónde buscar el vínculo entre el yo, la intimidad y la experiencia social? Desde el punto de vista antropológico y psicoanalítico el nexo con la ficción no puede desaparecer: el “como si” nos constituye como sujetos. Hacia 1987, antes de la proliferación de los nuevos soportes, observó Michel Rifaterre con liviana certeza: la ficción es un género; la mentira no lo es. Y agregó: se puede hablar de verdad ficcional o de verdad de la ficción, pero no de una verdad ficticia. La ficción incluye, como condición de lectura, la característica de no poder ser desmentida. No se la puede comprobar, ni chequear, ni contrastar. Porque su materia es formal y no sirve para operar en el mundo. No sólo su materia es formal, sino que incluye los signos de su propia condi-

ción: nos dice todo el tiempo que no puede ser contrastada. La liviana certeza de Rifaterre tenía que ver no sólo con la ausencia de los nuevos soportes sino también con la todavía no imperial ocupación de los territorios literarios por parte de las escrituras del yo. Cuando estas escrituras dejaron de ser instrumentos para comprender la Historia, o informarse de las circunstancias de los artistas, los teólogos o los científicos, el “como si” de la ficción se acomodó a la nueva situación: sigue siendo el mismo conjunto de procedimientos, pero su función es otra: está al servicio del yo que se expresa.

Por eso la relación previa, conocida, entre yo, ficción e intimidad ya no sirve para fijar una frontera entre distintos hechos discursivos y para delimitar sus estilos. Tampoco para leer el arte moderno, que se apoya sobre la autorreflexividad de la imitación: se imita o reproduce otra imitación previa. Ni es útil para describir convenciones genéricas u obras previas: quienes consumen ansiosamente teorías conspirativas no admitirán que el modelo de *Los protocolos de los sabios de Sión*, cumbre del relato paranoico de efectos históricos, desautorice sus imitaciones posteriores. El yo que crece y que deshace la esfera de la intimidad en las redes se alimenta de afirmaciones que se presentan como vividas, no como leídas.

La crítica

Frente a los diversos discursos, la crítica tuvo (tiene) una función sistematizadora a la vez que hermeneútica: por un lado aislar y definir núcleos y códigos y por otro mostrarlos en sus sentidos posibles. A finales de los años cincuenta, en *Mitologías*, Roland Barthes captó algunos rasgos nuevos en la circulación de los objetos del incipiente estado del bienestar: deportes, anuncios, guías de turismo, aviones para vacaciones. En 1970, cuando escribió un prólogo para una reedición del volumen, indicó que el mito contemporáneo ya no se enuncia en forma de grandes relatos sino como una fraseología de estereotipos. ¿Qué ha cambiado entre 1955 y 1970? se preguntaba. Y respondía: los estereotipos circulan y flotan de la misma manera; lo que ha cambiado es nuestra manera de leerlos. A finales de los años sesenta, en *S/Z*, comentando una *nouvelle* de Honoré de Balzac, Barthes cambió de asunto: giró de los objetos de consumo hacia la ficción y la definió como conjunto inestable compuesto por enigmas que hay que interpretar, temas que hay

que describir, símbolos que hay que atrapar y dejar volar, acciones que hay que detectar y, por fin, informaciones y datos culturales que hay que compartir: con todo ese conjunto se lee el mundo representado. Por supuesto, se apoyaba en un texto realista, jerarquizado. Pero ese conjunto inestable y ficticio puede encontrarse, invertido, deformado, grotescamente exagerado o estilizado en cualquier texto, si éste se mantiene a cierta distancia del lector. En ese hiato entre el lector y el texto se producían para Barthes los actos críticos, en los que la verdad se evoca de manera indirecta y precisamente la evocación muestra, una y otra vez, que la verdad no se produce.

¿Qué ha cambiado entre las *Mitologías* y *S/Z* de Barthes y nuestra manera de leer la vinculación entre los estereotipos del yo y la ficción? ¿Por qué la ficción se muestra insuficiente, pobre, ante el asedio de los relatos del yo y por qué los relatos del yo se separan de la esfera de la intimidad? ¿Por qué la esfera de la intimidad –y su correlato, que Jacques Lacan definió en 1958 como “extimidad” – se congelan en el presente de “la experiencia sin promesa” (Belinsky)?

Certeramente Sarlo señala que se ha roto el pacto de lectura de los géneros de la información que suponía que había una correspondencia entre el discurso y el hecho. Se puede agregar que cuando esa correspondencia no se daba, se podía desmentir y oponer otra información a aquella previa imposible de comprobar. Ahora ese desmentido no tiene efectos. Eso supone que otros pactos de lectura se han roto también: la mengua de la ficción en aras de la expresión de la experiencia vivida (sea esta un sentimiento, un recuerdo, un entusiasmo, un rasgo neurótico, un placer, un sufrimiento individual convertido en cliché) implica otras transformaciones. Entre ellas, la transformación de la crítica, a la que se le exige ahora no sólo trabajar sobre los discursos, las sentencias, las efusiones o las pseudonoticias sino que se le pide también una labor de contrainformación: la crítica como Historia, como investigación, como clínica del yo y como identificación detectivesca de quién firma en las firmas de las redes.

Hay ahora –quizá esto sea también nuevo– una presión de la realidad vivida por esos yoes proliferantes que nos fuerza, a los críticos, a aparentemente retroceder sobre las destrezas alcanzadas en cien años de análisis y lectura de los textos para volver a la crítica impresionista, en la que un espíritu educado registraba las modulaciones de una obra como si con la obra le llegara el aliento del espíritu del creador, que se servía del lenguaje como si fuese su

amo y señor. Sólo que en la actualidad no podemos mantener la ilusión de que el lenguaje sea aquella mediación transparente al servicio de la expresión de una conciencia estética ni el sujeto creador una plenitud que se plasma en la palabra.

Hay razones históricas para que este ejercicio sea imposible. La primera es la evidente imposibilidad de dominar y poseer el lenguaje. La segunda, a la que ya he aludido, es la espectacular reordenación del cuerpo de lo que consideramos literatura. Los textos agrupados como confesiones, memorias, autobiografías, testimonios, diarios y correspondencias que estaban al servicio –y orlaban– las obras de la imaginación –en todas las artes– se han desplazado al centro de la sensibilidad estética e histórica contemporánea. Las historias de vidas, la historia oral, el testimonio de lo vivido o el reportaje de los sentimientos, que eran instrumentos al servicio de las humanidades y las ciencias humanas, se han convertido en recursos de validación y legitimación de esas disciplinas. Los medios de comunicación de masas transformaron esos instrumentos en fines en sí mismos. De allí a la segmentación hubo sólo un paso, allanado por los nuevos soportes. Estamos ahora ante la proliferación de fragmentos de frases, cada una con un yo feliz pero sin atribución genérica: ni información ni ficción, sólo expresión. Y todas flotando en el sueño hipnótico de una masa igualitaria, que ya no necesita la invención ni la fantasía, porque ha colonizado todos los géneros y ha suprimido la ficción.

Esto no supone una satanización frívola de esos cambios. Pero sí implica imaginar que a los intelectuales nos queda, quizá, una función. Obstinarsse en seguir utilizando instrumentos de análisis cuyo grado extremo de sofisticación minoritaria, dice Bodei, los ha vuelto incómodos incluso para nosotros mismos.

Bibliografía:

- Belinsky, Jorge. “Sujeto y subjetividad: los límites menguantes. Una aproximación a las nuevas configuraciones del sujeto en el psicoanálisis”, en *El psicoanálisis en la universidad*, Año 1, nº1, U.N.R., Rosario, 2017: 17-31.
- . *Lo imaginario: un estudio*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2007.
- Bodei, Remo. *Destinos personales. La era de la colonización de las conciencias*, Trad. de Sergio Sánchez. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2006.
- Catelli, Nora. “Posverdad y ficción”, en Jordi Ibáñez (ed.). *En la era de la posverdad*, Barcelona: Calembur, 2017.
- . *La era de la intimidad seguida de El espacio autobiográfico (1991)*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2004.
- Czerwacki, Alejandro. “Entrevista a Beatriz Sarlo”, *Clarín*, 26 de febrero de 2017.
- Segre, Cesare. *Principios de análisis del Texto Literario*, Trad. de María Pardo de Santayana. Barcelona: Crítica, 1985.
- Viñas Piquer, David. “Roland Barthes y el sabor de la paradoja”, en *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada* nº 22, 2014: 194.
- Rifaterre, Michel. *Fictional Truth*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1990.